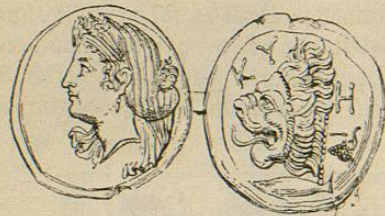


ba á la provincia su larga é inútil embajada. Y todavía podían tenerse por dichosos, cuando no veían á su elocuente defensor que, habiendo olvidado su indignación retórica, iba á gobernarlos con la misma codicia y las concusiones mismas.

El segundo de los Gracos hizo decretar que los gobiernos se dieran por suerte para impedir que los cónsules en ejercicio consiguieran del senado que les asignara una provincia á su conveniencia, es decir que se prestara al pillaje ó á la ambición militar. Cayo esperaba que con esto sólo se consultaría en adelante el interés del Estado y no el de los elegidos. Mas para los Pisones y los Gabinios todas las provincias eran á su conveniencia, porque en todas encontraban qué pillar.

Más tarde se ensayó otro medio. La ley Pompeya estatuirá en el año 52 que no se obtendrá el gobierno de una



Moneda de Cícico (1)

provincia hasta pasados cinco años de haber cesado en el cargo. Pero la guerra civil que estalló por entonces hizo inútil esta bien pensada ley.

Cuando la venalidad y el deshonor de los grandes en la guerra de Yugurta devolvieron la voz al tribunal plebeyo, una ley *Servilia* prometió el derecho de ciudadanía á todo el que pudiera acusar y convencer de concusión á un ma-

gistrado romano. El premio ofrecido era precioso; pero ¡cuántos y cuán graves peligros había que arrostrar ahora se lograra, ahora no se lograra la prueba!

Todo era pues impotente: las leyes, los tribunales, como la elocuencia y el enojo del grande orador. Nadie encontró palabras más severas contra el régimen proconsular y aquel patriciado altanero que había sabido, eso sí, conquistar el mundo, porque las aristocracias militares son el gobierno más idóneo para los designios largamente meditados y con perseverancia seguidos; pero que no supo administrarlo, porque no hay gobierno más ávido, más opresor, más insultante (2).

Por desgracia, Cicerón que tan claramente veía el mal, no comprendió que no habría término á tantas iniquidades hasta el día en que Roma pusiera en consonancia la vieja organización de un municipio del Lacio con la regia fortuna que le habían dado de consuno la sabiduría y audacia del senado. A tiempos nuevos nuevas instituciones. Como hemos estado por Roma contra los samnitas y Cartago, estamos por la humanidad contra Roma, y decimos sin vacilar: era menester que el imperio viniera á ser el patrimonio de uno solo, y que todos, vencedores y vencidos, los vencedores sobre todo, sintieran pesar sobre sí la mano de un amo que los tuviera sumisos á la ley y á la justicia.

Pero esta autoridad monárquica que las provincias hubieran saludado con sus aclamaciones (3), no aparecía aún en medio del caos de las disensiones y turbulencias intestinas; y puesto que un amo, un dios salvador, como decían los griegos, no se levantaba en Roma, hubieron de buscarlo en el Oriente, donde se estaban á la sazón formando dos poderosos Estados: la Armenia que debía su fortuna á la flaqueza de los partos y de los Seleucidas; y el Ponto, que la debió al genio de su rey, el ilustre Mitrídates VI Eupator.

CAPITULO XLV

SUBLEVACION DE LAS PROVINCIAS

I. — MITRÍDATES.

Cuarenta años hacía que el mundo romano estaba comovido por las repetidas reivindicaciones de los pobres de Roma, de los italianos y aun de los esclavos, y todavía va á estarlo más por las de los provinciales. Como en un océano azotado por la tempestad se sucedían las encrespadas olas empujándose una á otra, hasta la última que era siempre la más terrible. Los Gracos sólo habían combatido los privilegios de la nobleza, los italianos los de Roma; Mitrídates iba á procurar derribarlo todo, grandes y pequeños, y todo confundirlo, vencedores y vencidos, en una común ruina. Nada habría conseguido, si no hubiera habido en su favor una verdadera conjuración de todas las provincias de lengua griega: sus diputados alentaron sus esperanzas; y no eran sólo diputados del Asia, sino también de la Cirenaica, del Africa cartaginesa, de Atenas y de muchos otros pueblos de la Grecia continental. Si la Galia y España queda-

(1) Proserpina coronada de espigas. Reverso KYZI. Una cabeza de león y un racimo de uvas. Tetradracma de Cícico.

(2) Un Apio trata desdenosamente á Cicerón de hombre nuevo, después de todos sus triunfos en el foro y en la tribuna, y aun después de su consulado (Cic., *ad Fam.*, III, 7). Sin contar las exacciones de

ron fuera de este movimiento fué porque eran aún demasiado bárbaras para que su política se elevara á la concepción de una liga universal de los provinciales. Sin embargo, en medio de la guerra social y de los preparativos de Mitrídates, los tracios excitados por él se arrojaron sobre Macedonia; en la Narbonesa tomaron las armas los salvienses, y los celtíberos y lusitanos acababan apenas de dejarlas para tomarlas muy luego otra vez bajo la conducta de Sertorio (4). Así, á pesar de lo que hemos dicho de la aristocracia romana, que consideraba el mundo como su botín de guerra, era de verla en medio de aquellas tempestades que se desencadenaban contra ella de los cuatro puntos del horizonte, hacer frente á la tormenta y arrostrar todos los peligros, como aquella roca indestructible que sostiene el Capitolio, y á la cual prometió la eternidad el poeta:... *Capitolii immobile saxum*.

Por otra parte ¿valían más sus enemigos? La dominación

los gobernadores, el impuesto repartido por Roma era ligero, escasamente 200 millones de sestercios, ó bien unos 57 millones de francos.

(3) Tac., *Ann.*, I, 9; II, 44. Véase también lo que á este propósito dice el provincial Estrabón (VI, 2, 4, *ad finem*).

(4) Apian., *Bell. civ.*, II, 99-100. En el año 93 fué cuando Dicio triunfó de los celtíberos y Licinio Craso de los lusitanos.

de Roma era bien dura, sus pretores muy codiciosos, los provinciales muy desgraciados; con todo eso, léase la historia de los Tolomeos y la de los últimos Seleucidas, á partir, sobre todo, desde aquel Antíoco VIII Gripo, que obligó á su madre á tomar el veneno que ella le presentara. Véanse ultrajados todos los sentimientos de la naturaleza y costumbres y crímenes sin nombre en las familias reales: el incesto, el parricidio, el asesinato en todas las formas: las madres matando á sus hijos, los hijos matando á sus madres, los hermanos degollándose unos á otros; por todas partes la intriga, la traición, la rebeldía; un poder despreciado y sin fuerza, jirones de púrpura que se arrancan para



Antíoco VIII y su madre Cleopatra (1)

adornarse un momento, espantosas miserias, y en ninguna parte los consuelos de la libertad, ni el reposo del despotismo. Dígame luego que aquellos Estados y dinastías no estaban condenados á desaparecer. El período de los sucesores de Alejandro había sido la vergonzosa agonía y la muerte del mundo greco-oriental; pero bajo aquella descomposición exterior, se había sin duda operado un gran trabajo. Mientras los imperios chocaban unos con otros y se quebrantaban y rompían, se mezclaban las ideas y las creencias, y bajo la pesada mano de Roma, que acabará por disciplinar aquel caos, estaba en preparación una revolución moral. El senado no tenía conciencia de la obra que consumaba, pero impeliéndole el orgullo y el instinto de la dominación con la calma y fuerza de un poder fatal, atraerá á todos aquellos pueblos á la unidad de imperio, única virtualidad que hará posible la unidad de creencia. Esta fortuna y estos destinos fueron los que un hombre intentó detener y por espacio de treinta años estuvo, al parecer, en vías de conseguirlo.

Mitrídates VI Eupator, llamado el Grande por los historiadores, no heredó de su padre, aliado fiel del senado, más que el reino de Ponto (120), á la edad de doce años (2), pero bien pronto hubo de revelar su alma ambiciosa é indómita. Su madre debía gobernar durante su minoridad, y fué su primera víctima, y un su hermano la segunda. Espantados los cortesanos, procuraron librarse de un amo tan terrible (3), pero él descubrió todas sus maquinaciones. Por espacio de siete años no reposó jamás bajo un mismo techo; andaba errante por los bosques, recorría montes y llanos cazando animales fieros, haciendo á veces 1000 estadios (4) en un día y adquiriendo en tan violentos ejercicios una robusta constitución, que pudo arrostrar y resistir las fatigas de una guerra de medio siglo. Como Atalo de Pérgamo, estudió las plantas venenosas y

(1) Cabezas adheridas de Antíoco Gripo y de su madre Cleopatra. De una moneda de plata del año 187 de la era de los Seleucidas (126 años antes de la nuestra). La leyenda trae sus dos nombres (Clarac: *Iconogr.*, p. 1036, núm. 3054).

(2) Estrabón (X, p. 477) y Justino (XXXVII, 2) le dan once años á su advenimiento; Apiano (*Mithrid.*, 112) doce; Memnón (c. XXX, edic. Orelli) trece; pero Estrabón era del país y debía saberlo mejor.

(3) La nobleza del Ponto era un verdadero poder feudal. Estrabón habla de un noble, pariente suyo, que entregó á Lúculo quince castillos (XII, 3-33).

(4) Un estadio = 185 metros.

se acostumbró tanto á los venenos que al parecer no tenía nada que temer de ellos. Tan bravo como ágil y fuerte, era el mejor soldado de sus ejércitos, y podía dirigir á la vez diez y seis caballos uncidos á su carro. La edad no le hizo flaquear tampoco: á los setenta años combatía aún y en su cuerpo tenía tantas cicatrices como batallas había dado.

Por la pompa de que gustaba rodearse, por sus hábitos de harem y su desprecio de la vida humana era un rey de Asia; por su afición á las artes y á las ciencias, á las medallas, á las piedras grabadas y á los vasos preciosos, un príncipe griego; por sus ímpetus é indomable valor un caudillo bárbaro (5). La situación de sus Estados explica este triple carácter: el Ponto que cercaban por la parte del mar las repúblicas griegas de Amisa y Trebisonda, tocaba por el Este á las tribus bárbaras de la Iberia y de la Cólquide, por el Sur á la Armenia, cuyo rey Tigranes tomaba el título de monarca del Oriente. Mitrídates había visitado todos estos pueblos, estudiado su fuerza y su debilidad, y para llevar mejor sus intrigas hasta aprendió todas sus lenguas: sabía, al decir de algunos, hasta veintidós idiomas y podía departir sin intérpretes con todos los pueblos bárbaros de la Escitia y del Cáucaso.

En manos torpes el Ponto hubiera permanecido en la oscuridad; un caudillo hábil, al contrario, podía encontrar en él valiosos elementos de poder: sus salvajes habitantes y toda la barbarie de que está rodeado, le suministrarán soldados belicosos, mientras los griegos del litoral, si sabe interesarlos en su causa, pondrán á su servicio los recursos de la civilización. Los hombres superiores no lo hacen todo, y buen ejemplo de ello es Roma, donde hicieron poco; pero en cuanto al Ponto, su fortuna de medio siglo dependió toda exclusivamente de Mitrídates (6).

De regreso á sus Estados, después de largos viajes, hubo de diezmar su corte, que lo había creído muerto y hasta mató á Laodice, esposa y hermana suya á la vez. Luego se dió á la organización de su ejército, y prestando un auxilio interesado al rey del Bósforo Cimerio, Parisades, lo libró de los escitas, de los sármatas y roxolanos; pero lo obligó



Moneda de Mitrídates el Grande (7)

á descender á la categoría de tributario imponiéndole el reconocimiento de su soberanía con una contribución de 200 talentos anuales. Sus generales penetraron hasta las bocas del Tiras (Dniester), donde uno de ellos construyó una fortaleza con su nombre, la torre de Neoptolemo, y ya sus emi-

(5) Velejo Patérculo (II, 18) lo pinta en estos términos: *Bello acerrimus, virtute eximius, aliquando fortuna, semper animo maximus, consiliis dux, miles manu, odio in Romanos Hannibal*.

(6) El Ponto era la estrecha costa del Euxino, que se extendía desde el Faso al Este, donde confinaba con la Cólquide, hasta más allá del Halis al Oeste, donde sus reyes hicieron de Sinope su residencia habitual. Al Sud estaba limitado por la Galacia, la Capadocia y la Armenia Menor.

(7) Cabeza diademada de Mitrídates VI. En el reverso un Pegaso, una estrella, media luna y un monograma en una corona de hiedra y racimos de uva.

sarios recorrían la Tracia y el valle del Danubio. A la muerte de Parisades, agregó el Bósforo á sus Estados. Una colina de este país se llama aún el *Monte de Mitridates*, á los alrededores de *Kertch*, cerca del famoso túmulo de *Kul Oba*, que encerraba tantas obras magníficas del arte griego (1).

Este reino del Bósforo Cimerio, muy antiguo y muy rico, había sido el granero de Atenas, que sacaba de él anualmente 400,000 medimnos de trigo, y todavía alimentaba á muchas otras ciudades griegas. La colonia milesiaca de Panticápeo fué al principio el centro de este inmenso comercio de trigo. Hacia los años 363 antes de nuestra era, Leucón, *príncipe magnífico*, se vió precisado á abrir en Teodosia otro puerto capaz de recibir cien navíos mercantes. Así se acumularon grandes riquezas en manos de aquellos diestros especuladores y se hallaban en estado de atraer al Quersoneso á los más hábiles artistas de Grecia. En sus sepulcros se han encontrado preciosas joyas, con que adornaban á sus muertos.

Mitridates esperaba utilizar distintamente estos recursos. Desde su palacio de Sinope, veía correr las olas que iban á batir el pie del Cáucaso y las costas del Quersoneso Táurico; de modo que se podía decir que este mar del Euxino era suyo; magnífica cuenca para formar una flota y ejercitarla á reserva de toda mirada celosa.

Los reyes del Ponto no habían pensado hasta el presente en este imperio marítimo; de mejor voluntad habían dirigido la vista hacia el Asia Menor, y como para salir al encuentro de la civilización griega, hubieron de establecer audazmente su capital al extremo de sus Estados, hacia el Oeste, en una honda garganta por donde fluye el Iris, en Amasia. Poniendo allí su fortaleza, su tesoro y sus sepulcros, que hacían de esta ciudad el santuario de su dinastía, se habían impuesto la necesidad de extender por esta parte su frontera. Esta obra, sobre todo, tentó la ambición del audaz Mitridates.

En el Asia Menor, no ocupaban los romanos más que las regiones occidentales; lo demás de la península era un caos de repúblicas, de reinos y tetrarquías. La Cilicia, posesión incierta de los Seleucidas y de los reyes de Capadocia, era un refugio de piratas, que Roma había ya castigado y procurado tener á raya, estableciendo en sus costas un puesto militar (103). La Frigia y la Paflagonia no sabían á quién pertenecían: Mitridates sentía la pérdida de la una, que el senado romano le había quitado á su advenimiento, y se entendió con Nicomedes II de Bitinia para compartir la otra. Los romanos intimaron á los dos príncipes la orden de abandonar esta provincia, y Nicomedes abandonó su posesión, bien que dando por rey un hijo suyo á los paflagonios.

En cuanto á Mitridates: «Este reino pertenecía á mi padre, contestó con altivez, y me asombra que se venga ahora poniendo en duda mi derecho.» A esta conquista añadió la alianza de los galatas, que le suministraron auxiliares para su expedición á Grecia, y para asegurarse de la Capadocia, desde donde tocaría en la Frigia, que los romanos habían recobrado durante su minoridad, hizo matar al rey Ariarato VI, su cuñado, degolló por su propia mano á uno de los dos hijos de este príncipe, expulsó al otro y los reemplazó con su hijo, que tenía ocho años de edad.

Ocupado entonces el senado en la guerra de los cimbras, no dió la mayor importancia á estas revoluciones de palacio. Sin embargo, cuando la viuda de Ariarato VI, hermana de Mitridates y á la sazón esposa de Nicomedes II, se atrevió

(1) Estas riquezas, descubiertas por el francés Pablo Dubrux, están hoy en San Petersburgo.

á reclamar la Capadocia para un impostor que ella misma presentaba como hermano de sus dos hijos asesinados, mientras el rey del Ponto afirmaba que su propio hijo era el hijo verdadero de Ariarato, el senado en su indignación castigó á los dos reyes, obligando á Nicomedes á evacuar la Paflagonia occidental, y á Mitridates la Capadocia, que fué declarada libre.

Los capadocios se espantaron de esta libertad y suplicaron al senado, que les diera un rey, siendo elegido Ariobarzanes (2). Tantos crímenes é intrigas habían tenido pues por resultado provocar una intervención amenazadora y hacer que pesara más sobre Capadocia la influencia de Roma.

El rey del Ponto no se dió por vencido: dejó que pasara esta cólera, y para que se le olvidara fué á guerrear á la Cólquide y hasta á las regiones transcaucásicas, donde sujetó gran número de pueblos escitas.

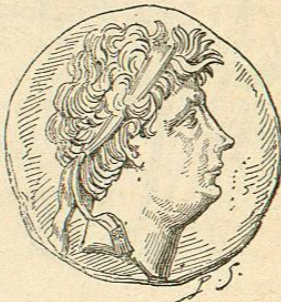
Estas expediciones ejercitaron sus tropas y aumentaron sus fuerzas poniéndolo en relación con pueblos que no deseaban otra cosa que vender su belicoso valor. Cuando vió al senado ocupado en otra parte, á pesar de las amenazas de Mario volvió á sus antiguos proyectos, en los cuales supo interesar también al poderoso rey de Armenia Tigranes, esposo de su hija Cleopatra. Los dos reyes convinieron al parecer en repartirse el Asia occidental: para el armenio, la herencia de Ciro; para Mitridates, el Asia Romana; y como se apoyaban mutuamente, no eran descabelladas sus esperanzas. En los provechos de la expedición contra la Capadocia que Mitridates le proponía, sólo se reservaba Tigranes el botín; y cuando Ariobarzanes fué expulsado del reino, dió, como *rey de reyes*, la Capadocia al hijo de su suegro (93).

El año siguiente, fué Sila como propretor á la parte de la Cilicia Traquea que los romanos ocupaban: reunió algunas tropas, pasó el Tauro, acaso por las Puertas de Hierro, y restableció á Ariobarzanes, y después avanzó bastante lejos al Este, á través de la Armenia Menor, por ser el primer romano que viera las orillas del Eufrates. Allí recibió á un embajador del rey de los partos, entonces amigo de los enemigos de Tigranes, y mostró en esta entrevista una altivez de que vino á ser víctima el desdichado embajador, como quiera que á su regreso á Tesifonte fué condenado á muerte por haber cedido el puesto de honor al pretor romano. Habíase dispuesto la escena de manera que impresionara la imaginación de los asiáticos, que siempre tuvieron en respeto la fuerza: aquel oficial, aun oscuro, que hacía sentarse modestamente á su lado á un rey de Capadocia, y al representante de un príncipe temible, parecía por su actitud y su altivo lenguaje el enviado de una potencia á la que debían ceder todas las demás.

Esta expedición rápidamente conducida hizo mucho honor á Sila.

(2) Saint-Martin pone este hecho en el 99, y Clinton (*Fasti Hel. len.*) hacia el 94; es probablemente el año 93. Pero si las conquistas allende el Cáucaso son posteriores á este acontecimiento, sería preciso aceptar la fecha de Saint-Martin. Este sabio orientalista pone el advenimiento de Mitridates en 123, la conquista del Bósforo en 118, la muerte de Ariarato VII, que él llama VIII, en 107, y dice también que Mitridates era el séptimo príncipe de este nombre.

(3) Cabeza diadémada de Nicomedes II, rey de Bitinia. De una tetradracma.



Nicomedes II de Bitinia (3)

nor á Sila (92). Pero no bien hubo vuelto á Roma, cuando Tigranes y Mitridates derribaron al protegido del senado, en provecho de un rey nominal que en su lugar pusieron. Mitridates llevó más adelante su victoria: á la Capadocia sometida, añadió la Bitinia, de cuyo reino expulsó á Nicomedes III para sustituirlo con el hermano de este mismo príncipe, Sócrates Crestos, que debía entregarle el país. Mucho tiempo después, se veían aún en las ciudadelas de Aniet y de Armavir bellas estatuas de Escilis y Dipenes, que atestiguan la parte que tomaron los armenios en las conquistas del rey del Ponto.

Mitridates era en verdad entonces un monarca poderoso: al modesto dominio que le dejara su padre, había añadido él dos terceras partes del Asia Menor, las regiones caucásicas y el reino del Bósforo. Fuera de los flancos de la Tracia, todo el Euxino recibía sus leyes.

Bajo el punto de vista político y geográfico este imperio carecía de unidad, pero daba á quien lo había formado los medios de pagar hordas de bárbaros con los tesoros que le suministraban las ciudades de la costa, enriquecidas con la abundante pesca del mar Negro, con la feracidad de la Táuride y las arenas auríferas del Ural, cuyo metal precioso cambiaban los escitas por mercancías griegas, y en fin con una parte del comercio de la India, que seguía entonces el camino del Oxo, del mar Caspio y del Cáucaso. Con tales recursos y la alianza de la Armenia, tenía Mitridates el derecho de concebir altas esperanzas. Pero murió Tigranes, asesinado por uno de sus generales, y ocupado el sucesor en asegurarse en el trono, llamó del Asia Menor las tropas armenias (91). El senado se aprovechó de esta tragedia con su habilidad ordinaria, y bien que pudiera ya prever las tempestades que iban á estallar sobre Italia y sobre Roma, ordenó al pretor de Asia restablecer á Nicomedes y á Ariobarzanes. Mitridates no hizo ninguna resistencia: volvió á sus Estados hereditarios (90) y dejó á Nicomedes devastar la Paflagonia para pagar á sus acreedores de Roma (89).

II. — CONQUISTA DEL ASIA MENOR POR MITRIDATES (88). — INVASIÓN DE LA GRECIA (87).

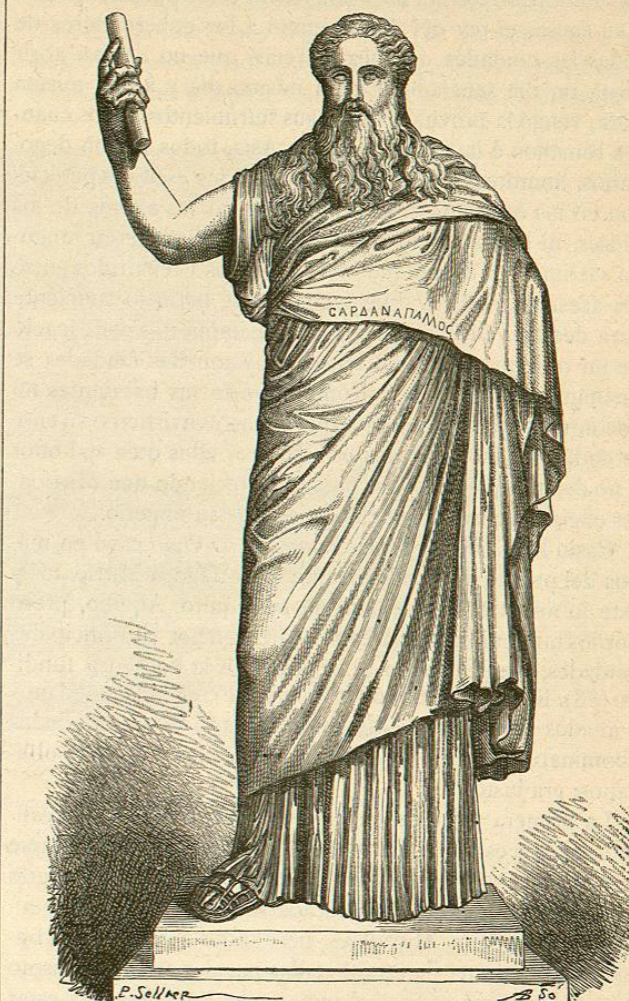
Pero se preparaba en silencio: cuatrocientos barcos había estacionados en sus puertos, y aun hacía construir más; sus emisarios hacían levadas de marineros y pilotos en Egipto y en Fenicia, de soldados en la Escitia, en la Tracia, hasta entre los celtas del Danubio, y hordas innumerables de bárbaros atravesaban el Euxino ó pasaban sin cesar los desfiladeros del Cáucaso, habiéndose ya reunido trescientos mil hombres. Una parte de los galatas, «aquel pueblo de que Roma se había librado», consentían en seguirlo y el Asia lo llamaba. Entonces arrojó la máscara, y uno de sus generales fué en son de amago á reprochar al cónsul Casio las injusticias de Roma.

«Mitridates, dijo el general embajador, Mitridates tenía sobre la Capadocia derechos que le venían de sus mayores, y vosotros lo habéis despojado de sus derechos; ocupaba la Frigia como recompensa de servicios que su padre prestó á la república, y lo habéis desposeído de la Frigia; se ha quejado de Nicomedes y habéis desoído sus quejas. Pensad, sin embargo, en su poder. A las fuerzas que ha sacado de sus dominios hereditarios, ha añadido las de los belicosos pueblos de la Cólquide, de los griegos del Ponto, de los escitas, de los tauros, de los bastarnes, de los tracios, de los sármatas y de todas las naciones que ocupan las orillas del Danubio, del Tanáis y de la laguna Meótida. Tigranes es su yerno y el rey de los partos es su aliado. Se os ha dicho que los reyes de Egipto y de Siria se unían á él: no lo du-

TOMO I

déis. Y si la guerra comienza, muchos otros le ayudarán también: el Asia, la Grecia, el Africa, vuestras nuevas provincias, y la Italia misma, que sostiene contra vosotros una guerra implacable. Pesad todas estas consideraciones; volved á mejores consejos, y yo prometo en nombre de Mitridates, socorros para someter á la Italia sublevada; donde no, á Roma iremos á llevar nuestra queja.»

En el momento en que el enviado de Mitridates hablaba á Casio con esta altivez (á fines del 89), ensangrentada Ro-



Baco indio, llamado Sardanápalo (1)

ma por la rivalidad de Mario y de Sila, no había terminado aun la guerra social; sorda fermentación agitaba las provincias y el procónsul mismo carecía de ejército, en medio del Asia estremecida. Sin embargo, contestó con la orden dada al rey de salir de Capadocia. Era una declaración de guerra; y Mitridates la esperaba. Luego al punto se desbordó el torrente, y Nicomedes y el consular Aquilio que intentaron detenerlo á la cabeza de aquellas levadas provinciales de que habla Cicerón con tanto desprecio, fueron derrotados. Rechazó luego al procónsul Opio, de la Capadocia á la Panfilia, y en una sola acción destruyó la flota romana que guar-

(1) Estatua colosal de mármol griego encontrada en 1766 en Túsculo bajo las ruinas de una villa ó quinta, que fué acaso de Lucio Vero (Museo Pío Clementino, p. 41, y Clarac: *Atlas de sculpt.*, p. 684, número 1602). Este personaje, dios ó rey, lleva traje asirio. Viste una amplia túnica plegada y un gran manto en el cual se lee en caracteres griegos: SARDANAPALOS. Esta inscripción ha preocupado mucho á los arqueólogos. Clarac la supone posterior á la estatua; M. Alfredo Maury cree que Sardanápalo, identificado con el Baco indio y barbudo, es acaso una divinidad solar asiática. (Cf. Movers: *die Phönizier*, t. I, p. 462, 478 y 479, y Guigniaut: *Les Religions de l'Antiq.*, lib. VII).

daba la entrada del Euxino. Daba libertad á los cautivos indigentes, suprimía las deudas de las ciudades y aun prometía eximirlos de todo subsidio por cinco años. Con esto corrían á recibirlo todos los pueblos: fué una marcha triunfal, más bien que una conquista. Llamábanlo el dios salvador, el nuevo Baco, y su hermoso semblante que recordaba el de Alejandro se prestaba á la ilusión. Magnesia de Sipilo, Estratónice en la Caria, Patara en Licia y algunas otras ciudades en escaso número, se resistieron al entusiasmo general. Para ligar con un lazo sangriento estos pueblos frívolos á su causa, el rey del Ponto envió á los gobernadores de todas las ciudades órdenes secretas, que no debían abrir hasta un día señalado. En un mismo día y á una misma hora, vengó la provincia todos sus sufrimientos: todos cuantos romanos é italianos había en Asia, todos fueron degollados, hombres, mujeres, niños, hasta los esclavos perecieron en los tormentos. Ni los templos, ni los altares de los dioses, ni los santuarios más venerados protegieron ninguna víctima; sus bienes fueron confiscados y repartidos entre los asesinos y el rey, que sacó de este botín lo suficiente para declarar á los asiáticos libres de impuestos por espacio de un quinquenio. Efeso entre todas aquellas ciudades se distinguió por su odio á Roma: cuando sus habitantes no encontraron ya más romanos que matar, convirtieron su enojo contra los monumentos erigidos por ellos ó en su honor y no dejaron piedra sobre piedra, mereciendo que Mitrídates eligiera su ciudad por metrópoli de su imperio.

Casio había huido hasta Rodas, pero Opio cayó en manos del pueblo de Laodicea, que lo entregó á Mitrídates y éste lo arrastró encadenado en su séquito. Aquilio, preso por los mitilénios, fué paseado en irrisión por las principales ciudades, y en Pérgamo le echaron en la boca oro fundido (88). Roma expiaba con la muerte de cien mil ciudadanos ó aliados suyos y con el quebrantamiento de su imperio las abominables exacciones de sus procónsules y de sus publicanos: era justo.

La primera parte de los planes de Mitrídates estaba realizada: el Asia estaba sometida, excepto algunas ciudades, que se resistían aún, como Rodas, donde se habían refugiado los romanos que pudieron escaparse del degüello. Repetidas veces la atacó Mitrídates; pero todos sus esfuerzos fracasaron, y en una de estas batallas navales estuvo él mismo á punto de perecer. Pasó el invierno en Pérgamo para estar más cerca de la Grecia, y allí celebró pomposamente sus bodas con la bellísima Monima, griega de Estratónice ó de Mileto, que había rehusado su oro y no cedió á sus instancias sino á condición de recibir el título de reina.

Incurría pues en la falta que había perdido á Antóco: el gran rey hacía lugar al sátrapa ávido de placeres y dejaba pasar las ocasiones de dar los golpes decisivos. Sin embargo, Mitrídates no se abandonó tanto al deleite: durante sus fiestas nupciales, el déspota asiático había enviado desde el fondo de su harem la espantosa orden de la simultánea degollación, y se preparaba á aprovecharse de la guerra civil que retenía aún á las legiones en Italia para cumplir las promesas que hiciera en otro tiempo á los italianos y á los griegos.

Estos habían sentido vivamente, aunque de rechazo, el efecto de los acontecimientos que acababan de ocurrir á la otra parte del mar Egeo, y los retóricos no dejaban de celebrar pomposamente la generosidad del rey, la liberación del Asia y el renacimiento de la raza helénica. Los atenienses, siempre llenos del recuerdo de los altos hechos de sus antepasados, eran los más animados: sin duda habían tenido menos que sufrir que otros en cuanto á exacciones consulares, y Roma les había tenido miramientos y consi-

deraciones, de que no era pródiga; pero su inmensa vanidad no se contentaba con el desairado papel que hacía ahora en el mundo, y se indignaban de ver á algunos romanos de fama, como los oradores Craso y Antonio, pasar por su ciudad sin hacerle los homenajes acostumbrados, desdeñar sus maravillas, sus escuelas aun famosas, y hablar su *lengua bárbara* en la ciudad de Sófocles y de Demóstenes. Así, Atenas había aceptado los ofrecimientos sin duda brillantes de Mitrídates, y va á venir á ser la base de operaciones del ejército pónico; el sitio que ha de sostener será el más considerable incidente de esta guerra; y como para mostrar que se trata menos de la independencia de un pueblo pequeño que de la lucha empeñada desde un siglo antes entre las civilizaciones helénica y latina, dos filósofos, Aristión y Apelición de Teos, serán los que dirijan la defensa, y el representante del partido de los antiguos romanos será quien fuerce las puertas.

En la primavera del año 87, la flota pónica dueña del mar Egeo, trasportó á Grecia un ejército que mandaba el capadocio Arquelao, mientras un hijo del rey, Arcatias, al Norte del Helesponto reunía otro, que debía aumentarse en el camino con los tracios y los pueblos del Danubio, trabajados de mucho antes por los emisarios del rey.

Este plan era hábil ciertamente: el gobernador romano de la Macedonia que, solo en la Hélade, disponía de algunas tropas, iba á encontrarse envuelto entre los dos ejércitos asiáticos del Sur y del Norte. Pero los ciento cincuenta mil hombres que Mitrídates prometía enviar á Grecia eran de aquellas tropas que Flaminio había caracterizado en otro tiempo con una palabra, y el príncipe que había conducido con tanta resolución y celeridad la guerra de Asia condujo la de Europa con inexplicable lentitud. Arquelao, que hubiera debido desembarcar en Grecia en el 88, cuando Italia estaba aún ardiendo, no llegó hasta el año siguiente, cuando el gran incendio estaba ya casi apagado, y el ejército real invirtió un año entero en el camino de Lámpsaco á las Termópilas. Arquelao arrastró fácilmente á la defección á Atenas, preparada hacía tiempo por el filósofo Aristión, la de la Eubea, del Peloponeso y de la Beocia, menos Tespias. Las dos fortalezas de Calcis y Demetriada permanecieron también en manos de los amigos de Roma.

El primer encuentro de los romanos y de los asiáticos ocurrió en Beocia. Brucio Sura, lugarteniente del gobernador de Macedonia, expulsó de la Tesalia un destacamento que había querido apoderarse de Demetriada, y luchó durante tres días ventajosamente contra Arquelao en la llanura de Queronea. Y sin duda hubiera quedado dueño del campo de batalla, si la aproximación de los peloponesios no le hubiera arrancado la victoria. El choque había sido tan rudo, que hubo de quedar interrumpida la invasión. Por otra parte, Sila llegaba también. Arquelao se replegó sobre el Pireo y Aristión volvió á Atenas. No tenían ya á Grecia sino por la orilla, pero la tenían bien, gracias á la posición semi-insular de Atenas y á su flota, dueña del mar Egeo.

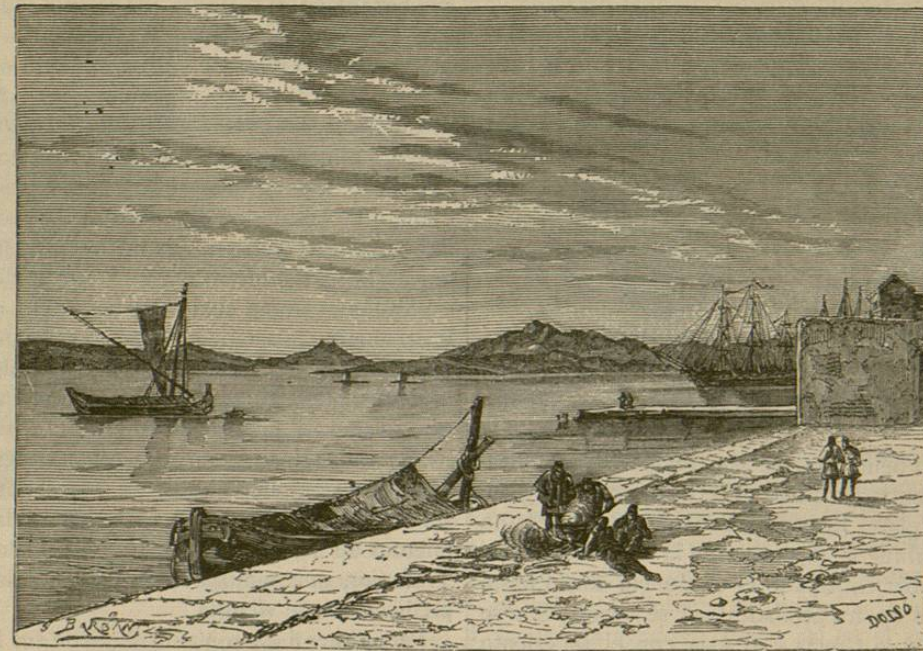
III. — SITIO DE ATENAS.—BATALLAS DE QUERONEA Y ORCOMENO (87-85).

Mientras se batían en Beocia pasaba Sila el Adriático con cinco legiones, unos treinta mil hombres, y el poco oro que había podido sacar de la venta de los bienes consagra-

(1) La llegada de Sila á Grecia suspendió todos estos movimientos, y no se trata ya de las gentes del Peloponeso en la continuación de la guerra.

dos á los templos (1). Enganchó algunos auxiliares en la Tesalia, la Etolia y la Beocia y marchó contra Atenas dejando fuertes destacamentos en Megara á fin de cerrar el camino del istmo á los peloponesios, si deseaban batirse otra vez, y en Eleusis para tener abierta la Beocia y proveerse de víveres. Atenas estaba unida al Pireo por los Largos Muros de Temístocles, y con la asistencia de la flota del rey, recibía el Pireo incesantemente soldados y provisiones, que desde allí pasaban sin demora á Atenas. Sila puso desde luego todo su cuidado en aislar de su puerto á la ciudad perforando los Largos Muros, y después atacó rudamente el Pireo mismo, poniendo todo su arrojó en el empeño, como quiera que, proscrito en Roma, no podía

salvarse sino por la victoria y por una pronta victoria. Para construir sus máquinas había cortado los bellos árboles del Liceo y de la Academia, y para pagar á sus soldados entró al pillaje los templos de Delfos, de Epidauro y de Olimpia, si bien prometiendo restituir el oro después de la guerra. Los sacerdotes de Delfos invocaban presagios que les prohibían este préstamo forzoso: en el fondo del santuario habían oído resonar la lira del dios: «Señal de que lo aceptan, contestó el general: entregad pues esas riquezas, que el dios mismo nos ofrece para combatir á los bárbaros. Después de todo, más seguras estarán en mis manos que en las vuestras.» Y á los que decían que eran inviolables los tesoros de sus templos, les contestaba: «No os faltarán re-



El Pireo (2)

curso para reparar el daño, pues los dioses son pródigos y se cuidan de llenar las arcas sagradas.»

Sin embargo, el ataque contra el Pireo no adelantaba. Arquelao desbarataba hábilmente las obras de los asaltantes haciendo uso, para la defensa, de todo lo que la poliorcética enseñaba para el ataque. Cubría sus murallas de máquinas que arrojaban mil clases de proyectiles, mataban á los asaltantes ó incendiaban sus trabajos; y cuando Sila acercaba una máquina al pie del muro, levantaba Arquelao otra más alta sobre la muralla, ó minaba el suelo de la torre enemiga haciendo que se derrumbara. Un día hasta ordenó una salida, que hubiera sido fatal al ejército sin el desesperado arrojó de una cohorte, cuyos soldados tenían que expiar no sabemos qué falta militar.

Con esto, el invierno se echó encima antes que los arietes hubieran hecho brecha en aquellos muros construidos con enormes piedras. Por fortuna, el ejército real ponía en sus movimientos inconcebible lentitud. La muerte de Arcatias lo entretuvo aún más, y el año 86 encontró á Sila acampado en Eleusis con una parte de sus tropas, el resto entre el Pireo y Atenas continuando el bloqueo, el ejército pónico en la Eubea y en Macedonia, y Mitrídates en Asia todavía.

(1) Ap. *Mithr.* 22; Oros. V, 18: *Loca publica que in circuitu Capitolii, pontificibus, auguribus, decemviris et flaminibus in possessionem tradita erant, cogente inopia, vendita sunt.*

(2) Lebas y Waddington: *Viaje arqueol.*, p. XII.

A la salida del invierno, renovó Sila con más empeño sus ataques; pero Lúculo, á quien había enviado á Egipto para adquirir barcos, no pudo reunir una flota capaz de disputar el mar á la del rey. Desesperando de forzar el Pireo mientras Mitrídates fuera dueño del mar, dirigió sus esfuerzos contra la ciudad. Atenas sufría ya hambre, pues el medimno de trigo valía nada menos que 1,000 dracmas, y sin embargo, Aristión, dueño de la ciudadela, y sostenido por las tropas que le había enviado Arquelao, no hablaba de entregarse. A dar fe á Plutarco, que sin duda lo calumnia, este sofista, erigido en general, era un miserable, en quien todos los vicios se revolvían en pugna por el predominio. Los festines ocupaban sus noches, y de día subía á las murallas á insultar á los romanos, á Metela, esposa del general, y al mismo general, á quien por su cutis barroso comparaba con una mora espolvoreada de harina. Los filósofos de aquel tiempo se creían hombres de Estado y aun hombres de guerra. Un amigo de Aristión, el peripatético Apelición de Teos, ejercía también mando militar en Atenas (3). Era muy aficionado á libros; buscábalos por todas partes, comprándolos, pero también solía sustraerlos de las colecciones públicas; hurtos dichosos, nos atreveremos á decir, porque el filósofo sufrió al fin la pena del talió: Sila le quitó su biblioteca y se la trajo á Roma. En ella se en-

(3) Encargado de una expedición contra Delos, fué batido. (Ateneo, V, pág. 214; Estrabón, pág. 609.)